

José Lara Garrido (2020): *Estirpe de sombras*, Moalde, Pontevedra, 72 pp.

*Estirpe de sombras*, sexto libro de poemas del Catedrático de Universidad José Lara Garrido, supone la aproximación a un pasado donde se rescata la firme vocación de vida plena. Apunta en el prólogo Álvaro Alonso, citando a Goethe, que «sentirse amado da más fuerza que sentirse fuerte». Ahí está la clave: fuerza y valor para plantear una colección de diversas estampas que resulta indispensable si se quiere comprender la identidad. Tal experiencia identitaria renace poderosamente en las páginas de este cancionero y, así, instaura el poeta a lo largo de sus páginas una mirada primitiva que potencia aún más el sentido simbólico de los lugares evocados por su memoria. En efecto, dice el poeta «estulta ilusión de infinito» (p. 21), o «ayer remoto pero eterno» (p. 22). De este modo, existe en él la voluntad de perpetuar y reconocer su vida, pese al estoque racional de la fugacidad, junto a un árbol genealógico en que se siente privilegiado ante sucesos anecdóticos: «yo era su primer nieto» (p. 23). Por tanto, se embarcan los versos en un homenaje, justo y ceremonioso, a la familia y, concretamente, dentro de un espacio de zonas francas, diáfanas, en cuyas geometrías se reflejan sombras que no se pierden pese a estar sumidas en la interacción del tiempo: «y qué exacto el recorrido por la casa / que fue la plenitud» (p. 26).

La importancia del hogar en el poeta se advierte en dos niveles: (i) el nivel antropológico, regido por las expectativas de lo común, como no defraudar a los mayores o aprender de sus costumbres; (ii) y el nivel psicológico, movido, en esencia, por la felicidad de haber sido amado y protegido. Dentro del hogar, y atendiendo al nivel psicológico, el poeta da cabida a la ruptura y al dolor, sensación traumática de la que surge el recuerdo del tío militar, enviado a combatir en calidad de voluntario: «En cada casa un hombre, / en cada casa un muerto» (p. 30). No es la única mención a hechos que admiten duelo, por lo que se infiere en la personalidad del libro una propensión a la melancolía,

una constitución de proyectar lo individual hacia lo universal. Pero el *leitmotiv* de la obra, la sombra, también se define en los vínculos de la intemperie que conforman el relato personal del yo poético, es decir, en los espacios donde el autor asume roles y herencias: «recuerdo las labores que me enseñó el abuelo» (p. 43). En el caso del poeta, el aprendizaje del oficio de la tierra se aleja, casi, de su práctica real hacia un valor etimológico y profético: el término *verso* proviene del latín *versus*, que significa «surco». Es la noción de ir y venir, como un arado, y así existe una recurrencia, un movimiento pendular de ida y vuelta similar al de la tierra. Añade Lara Garrido que «el abuelo tenía rango de artista» (p. 52). Aunque adjetive tal arte como «analfabeto», quizá por los rudimentos de su ejecución, lo importante radica en la comprensión temprana de que asuntos como la riqueza, el lujo o la vanagloria quedan relegados en favor de la naturaleza y la sencillez rústica. Por consiguiente, a la manera de un sabio clásico, se perfila ya en el poeta una silueta heredada que demuestra un convencido agradecimiento por su abuelo, un abuelo que es ejemplo y modelo que seguir. Ciertamente, es una idea liberadora la que cimienta los poemas de *Estirpe de sombras* y, por esta razón, el poeta proclama «el paraíso aquel, huerta y bacanales / en que fui niño y todo» (p. 41). Es en la infancia libre donde se asume como propia la admirable actitud de los referentes. Lo validado en el abuelo como conocimiento rural se potencia, dentro de la trayectoria vital del nieto, no ya como continuación de lo mundano, sino como conocimiento lírico en virtud del cual se ajusta la mirada de un pasado insólito desde un presente reflexivo. Con ello, el interior —la casa— y el exterior —la huerta— conforman y sustancian un entorno que actúa como crisol para el nacimiento del poeta: «Maestría de rapsoda, su dominio / omnímodo del arte y la materia» (p. 62). Expresa aquí el sujeto lírico, de forma manifiesta, su admiración por el abuelo, y también la trascendencia de un ser querido que impulsa en el nieto la comprensión sentimental de sí mismo.

De igual modo, hay un alcance de amor total hacia la abuela, la cual es motivo y eufonía del último poema, el 21, donde se termina por afirmar con un verso final, definitivo, sentencioso, lo siguiente: «Blanca abuela del sueño sin espanto» (p. 67). Un endecasílabo que encierra la probable interpretación de abuela protectora, de ángel, de hada, que actúa como cobijo ante posibles peligros. El más amplio sentido de la palabra *blanca* opera como pureza, y también es clara la conciencia con la que el poeta transforma el recuerdo en homenaje presente. Esa memoria personal trasladada al poema se convierte no solo en información para ti o para mí, lectores atentos, sino en personalidad y conducta donde subyace el arsenal de hábitos de un ser querido. Nuevamente, la herencia afectiva se refleja en las palabras. Si la verdad —concepto filosófico tan problemático— consiste en corroborar hechos, ideas, o un pasado que

aceptamos, es dable sentenciar que el autor expone en este poemario su verdad, auténtica y rotunda, con la que celebra una reconciliación de sangre.

Así, trazado con tono elegíaco y compleja introspección, se revitaliza en *Estirpe de sombras* un manejo soberano del lenguaje que explora la idea spinoziana de que vemos en los seres queridos la causa de la propia alegría. No en vano cierra Lara Garrido su poemario con el siguiente apotegma latino: *Ab umbra veritas* («Por la sombra la verdad»). En definitiva, una verdad que involucra el plano afectivo, y en cuya energía versificada el poeta culmina su balance emocional con la procesión de sombras que hoy por hoy constituyen la suya propia: esto es, su herencia, que es legado y, por qué no, fortuna.

Antonio Díaz Mola